



26

Cuaderno de Campo

Carlos Sáenz, cuatro lustros en el oficio y muchas historias que contar.

Metamorfosis del ovillo

Cada primavera se esquilan en La Rioja un cuarto de millón de ovejas, de las que se obtienen 363 toneladas de lana. Dos cuadrillas de esquiladores desvelan los entresijos de esta actividad en la que el ganadero tiene la peor parte

Texto y fotografías: **Ch. Díez**

Cada primavera se esquilan en La Rioja un cuarto de millón de ovejas. Las 363 toneladas de lana que se obtienen valen poco más de 81.700 euros, lo mismo que la producción de sandías. Si en otro tiempo fue una fuente de riqueza y la base de una industria textil muy activa, la lana es hoy una materia prima de escaso valor, cuyo proceso de transformación se está desviando a los países asiáticos. Tras dos jornadas de esquila con otras tantas cuadrillas de esquiladores —unos, profesionales

y otros, ganaderos de las Viniegras— y una charla con el único empresario que mantiene en La Rioja un lavadero de lanas, se aprecia que en la metamorfosis del vellón en ovillo —ese proceso natural de transformación de una materia prima en un producto de consumo— los ganaderos son los peor parados: por los dos kilos de lana de media que se sacan de una oveja obtienen, como mucho, medio euro; a ellos les cuesta esquila esa misma oveja 1,30 euros.



Vicente Parmo recoge el vellón como se hacía antaño.

La heterogénea cuadrilla de César Clavijo trabaja a destajo desde finales de marzo hasta bien entrado julio. De Zaragoza a Soria arrastran sus bártulos de redil en redil esquilando un millar de ovejas al día. Por sus manos han pasado en esta campaña más de 100.000 reses. A 1,30 euros la cabeza supone un ingreso extra en la economía familiar, sustentada en sus tres miembros españoles precisamente por ovejas. César, riojano, Carlos, soriano, y Gustavo, alavés, forman cuadrilla desde hace unos años con Alexander y Nacho, búlgaros, y Valerio, georgiano. Nacho es el único de los extranjeros que esquila, lleva tres años con el grupo y por su desenvoltura se puede decir que se ha integrado a la perfección; Alexander trabaja en una fábrica en Bulgaria, sólo viene a La Rioja para hacer la campaña y se encarga, junto con Valerio, de trabar las ovejas para que sus compañeros las esquilen. Los encontramos en Alcanadre a finales de junio, en la hacienda de José, Mariano y Gregorio, a punto de terminar la esquila en La Rioja; su próximo destino: Soria. Esta familia ganadera, que lleva 20 años con el ganado, no ha esquilado una oveja en su vida. Al padre le preguntamos si los esquiladores

lo hacen bien y contesta: “no sé si lo hacen bien o no. Sólo sé que esquilarse es un engorro y cuanto antes nos lo quitemos de encima, mejor”. Pocas tareas, ya sean agrícolas o ganaderas, son puro trámite en el medio rural riojano; de todas, poco o mucho, se saca algo de dinero, pero la esquila se ha convertido en eso, un trámite que no queda más remedio que cumplir por el bien del ganado. “Hace 15 años nos pagaban a 125 pesetas el kilo de lana, sacabas para pagar al esquilador y todavía te quedaba algo; ahora, si te llega para el almuerzo, vas listo”, agrega.

Poco sospecha José, ni sus hijos, ni los esquiladores, que la lana del puñado de ovejas negras que le quedan en el rebajo acabará en algún lavadero de Argelia para confeccionar chilabas, y la blanca, en alguna empresa textil europea afincada en Bangladesh para elaborar alfombras. Pero esa es otra historia que más adelante nos contará José Luis Andrés, el único empresario del gremio lanero que queda en La Rioja.

A un paso de Soria, en Ventrosa, una veintena de hombres almuerzan a las 10 de la mañana un buen plato de sopa de pan y setas y lomo rebozado acompañado

de un tinto de Uruñuela. Es otra cuadrilla de esquiladores, pero ésta más peculiar. El almuerzo lo pone Ricardo Rueda y Asun García, su mujer, ambos ganaderos. En la mesa, los pastores de Viniegra de Arriba, Viniegra de Abajo y Ventrosa, además de familiares y algún otro ganadero amigo. Esquilan a *torna vuelta* que, para quien no lo sepa, significa que todos los ganaderos de la zona se juntan para hacer la esquila, ayudándose unos a otros. Antes, cuando había muchas manos, sólo los del pueblo; ahora los de los pueblos limítrofes y, en nada, los de toda la zona de Las 7 Villas.

Es la única comarca de la sierra riojana que conserva esta tradición que viene de antaño, cuando en esta tierra pastaban ovejas merinas y la lana valía un ojo de la cara. “Se tenía el ganado por la lana, no por los corderos; era lo que daba dinero entonces”, señala Vicente Parmo, ganadero jubilado y alcalde del pueblo. “Desde el Camero Viejo hasta las Viniegras era la comarca con mayor renta per cápita de Europa en tiempos de la Mesta. Todo por la lana”, agrega. Y no hace tanto, a mediados del siglo pasado, todavía se sustentaba en La Rioja una industria textil importante abastecida de la mano de obra que ya no tenía en qué ocuparse en las aldeas más inhóspitas de la sierra.

Cultura pastoril

Aunque parece que en estos parajes las cosas del esquila han cambiado menos que en otros municipios ganaderos, lo cierto es que han cambiado más, porque aquí, en esos pueblos poblados de trashumantes, la cultura pastoril se ha vivido con más devoción que en ningún otro lugar. Sólo hay que pasar media mañana con ellos para darse cuenta que aquí esquilarse es algo más que rasurar las ovejas al cero. De Pascual a su yerno media una generación, que ha vivido, y vive, en circunstancias bien distintas, pero, en ambos se remansa el río de la memoria en un lugar común. Cuando uno era un niño que se dedicaba a recoger el *moreno* con el que curar las cortes que se hacían al trasquilar las ovejas y andaba de un rancho a otro con la piedra de afilar las tijeras, el otro era uno de los mejores esquiladores de



Los ganaderos de Ventrosa y Las Viniegras, en la esquila a torna vuelta.

la zona, capaz de esquila una oveja a tijera en cuatro minutos. Hoy, Pascual mira desde la cerca cómo trabajan los jóvenes con los ojos velados de cataratas y su yerno, fornido y moreno, se afana en recoger el vellón en las sacas que se van depositando en la entrada del corral. Nadie se preocupa ahora de recoger los restos de lana que van quedando en el suelo, ennegrecidos entre la paja sucia. A 30 céntimos el kilo –y afortunados–, perder unos kilos no tiene tanta importancia. Con esos restos, hace unas décadas podía comer una familia varios días. En eso no hay tanta diferencia entre Alcanadre y las Viniegras.

Del cuarto de millón de ovejas que pastan en La Rioja se sacan 363 toneladas de lana al año, que, traducido a dinero, supone unos ingresos de 81.700 euros (13,6 millones de pesetas). Del estiércol de esas mismas ovejas se obtienen más de millón y medio de euros (256 millones de pesetas).



Cada cuadrilla esquila en torno al millar de ovejas diarias.

Los polacos

“Sólo la gente que trabaja en el campo o en la ganadería aguanta en este oficio. Desde pequeños veíamos esquila a los padres. Somos esquiladores porque tenemos ovejas”, señala Carlos Sáenz, el soriano de la cuadrilla de César Clavijo que lleva 20 años de profesión a sus espaldas. Desde el Bajo Aragón hasta Orduña ha recorrido en estos cuatro lustros muchas explotaciones ganaderas, conoce las peculiaridades de cada región y ha visto cómo ha cambiado la actitud de los ganaderos y las condiciones de trabajo. “Antes empezaba la temporada en Aragón e íbamos subiendo hasta llegar a Soria, cada día en una finca. Nos daban cama y comida y no perdíamos tiempo en desplazamientos. Los ganaderos nos ayudaban más. Ahora no te echan una mano. ¿Por qué? Pues porque ahora viene gente de fuera que les hace todo y a nosotros nos tratan igual”. La gente de fuera a la que Carlos se refiere son los polacos. En España hay 84 cuadrillas de polacos que tienen copado el mercado. Según cuenta el esquilador, hace unos años una asociación de ganaderos de Zaragoza trajo a una cuadrilla de polacos para esquila y desde entonces se han establecido en España. Han montado una empresa en Huesca que se encarga de movilizar a todos los trabajadores que llegan a España a hacer la campaña del esquila. En La Rioja, los polacos compiten con tres cuadrillas de la región: la de César, una de Igea y otra de Cornago.

No sólo el trato se ha visto agravado por la nueva situación, también el bolsillo. Han tenido que ajustar los precios, por la competencia y porque la lana está cada vez menos valorada. A esto se suma que la cabaña de ovejas es cada vez es menor y hay que repartirla con más manos. “Cobrando más barato, antes ganaba más que ahora”, agrega Carlos. Cada uno se saca en los tres meses de trabajo que se alarga la campaña unos 900.000 euros (millón y medio de las antiguas pesetas).

Los polacos también han llegado a las Viniegras. En torno al apetitoso almuerzo que es servido por las mujeres (en eso también guardan la tradición), hay dos



En La Rioja se recogen cada temporada 363 toneladas de lana.



Lana en flocas, lavada y lista para el hilado.

temas de conversación: uno por puro exotismo y otro por franca preocupación. El primero se refiere al hecho de que algunos ganaderos ya han decidido contratar la esquila, bien porque están solos y no tienen quien les ayuden o bien por pura comodidad. “Ayer mismo esquilaban aquí un rebaño una cuadrilla de polacos. Los esquilan distinto que nosotros, de pie y sin atar. Cada vez más ganaderos de esta zona contratan la esquila. Nosotros preferimos seguir así, es la única forma de estar juntos un día”, indica Ricardo, y agrega el alcalde: “y de mantener la línea”. “También, también”, concluye Ricardo con una carcajada. Y es que Ricardo no pierde la sonrisa de su cara morena de ojos vivos. Él ha elegido ser ganadero, venirse a Ventrosa a vivir y vivir del ganado. Y aunque reconoce que las cosas se están poniendo difíciles –los corderos cada vez valen menos, las subvenciones penden de un hilo y los gastos aumentan– ha logrado subsistir en un medio que pide a gritos savia joven.

Chucho tiene menos motivos para reír, pero apura la vida que se le ofrece con tragos cortos e intensos y entre trago y trago prefiere respirar aire puro que malgastar el tiempo en quejarse y maldecir. No quería perderse la esquila este año y

ya que él no tiene ovejas que esquila se ha venido a las Viniegras a echar una mano a los amigos. Chucho ha sido uno de los damnificados por el sacrificio de toda la cabaña de ovino en Montenegro (Soria). 3.000 ovejas muertas por un brote de brucelosis. En un día se ha ido al traste el esfuerzo de muchos años. “Ya saldrá el sol por donde quiera”, dice el pastor que ha decidido mirar la vida con gran angular, acostumbrado a usar el de su *leica*. Hoy no es día para mostrar apuro, pero estos ganaderos tienen, y con razón, el miedo en el cuerpo: Montenegro linda con las Viniegras y los animales, salvajes o domésticos, no saben de fronteras más allá de las que pone la naturaleza.

Lana

La empresa que regenta José Luis Andrés se anuncia en el polígono de Cantabria como lavadero de lanas y lleva 50 años en ejercicio. Fundada por su padre, Lanas Andrés recoge buena parte de la lana que se esquila en La Rioja y la de las provincias limítrofes, unas 600 toneladas durante la temporada de esquila, de abril a agosto. José Luis es el eslabón que abraza a los ganaderos con las empresas textiles. En su almacén, la lana comienza una metamorfosis que concluye en forma de ovillo

para elaborar alfombras, chilabas o revestimientos para colchones, depende de la calidad y el color.

Dicen que la oveja que da buena carne da mala lana y los ganaderos riojanos viven de la venta de corderos, así que las razas que pastan estos parajes no tienen lana de primera. “La lana de La Rioja y alrededores es de tipo 4 ó 5, no es de muy buena calidad. La mejor es la de las merinas (tipo 2) con la que se elaboran los trajes y los jerséis. Es la que se cotiza, aunque tampoco como antaño”, señala el empresario.

El precio medio al que paga la lana entrefina es de 0,18 euros el kilo; la basta, de mayor rendimiento, a 0,21-0,25 euros el kilo. Fina no hay en La Rioja. Estos precios ridículos se mantienen desde hace 10 años, desde que en los años 90 llegara una crisis al sector de la que no ha levantado cabeza. Los motivos los esgrime José Luis sabiendo de antemano que la batalla está perdida: la competencia de los textiles sintéticos, el coste tan elevado de mano de obra que requiere el proceso de transformación; y la ley de la oferta y la demanda, que está relegando a una categoría muy baja a la lana española. El motivo: los ganaderos siguen utilizando alquitrán para marcar



La empega se hace en Ventrosa con pintura plástica, no alquitrán.

las ovejas, un producto que no se quita en el proceso de lavado y que provoca graves deficiencias en el vellón. “Llevo 15 años exportando lana y los principales problemas son a causa del alquitrán. A los ganaderos les digo que no utilicen alquitrán, que hay pinturas plásticas que sirven igual y se quitan con el lavado y también que tengan cuidado con la paja, que ensucia mucho la lana. La respuesta es que la lana no vale nada y que no se van a molestar, y es cierto, es una vergüenza”, indica José Luis. Otro problema añadido a los ya comentados, y que está ocasionando el cierre de buena parte de los lavaderos de lana de todo el país, es la exigencia medioambiental de depuración de los vertidos que ocasiona el lavado, muy contaminante. Las inversiones que se precisan para colocar depuradoras no se rentabilizan con los precios del mercado. La solución que han encontrado es mandar la lana sucia a los países asiáticos para que el proceso de lavado se realice allí, máxime cuando las industrias textiles españolas están abriendo sus fábricas de confección en este continente. “Cuando empezamos a trabajar nosotros había en España 30 lavaderos de lanas y hoy me sobran los dedos de una mano para con-

tarlas. No hay ni diez lavaderos en toda España. Aquí estoy solo yo y en pocos años quedarán dos en todo el país”, vaticina el industrial.

En la pequeña oficina de José Luis Andrés no deja de sonar el teléfono; se están esquilando las últimas ovejas y los ganaderos le apremian para que se lleve la lana de los corrales. Desde el ventanal del despacho, en un gran hangar en el polígono de Cantabria, se ven sacas de lana sucia por todas partes que desprenden un característico olor a rancio. Esa lana, ya limpia, se vendía antes a Cataluña o salía con destino a Francia, Bélgica e Inglaterra, los principales mercados en los que trabajaba esta empresa. Ahora, buena parte sucia, se exportará a India, China y Pakistán y una pequeña cantidad a Argelia o Marruecos. A los países vecinos va a parar la lana de las ovejas negras, con la que se elaboran las chilabas.

De cada kilo de lana sucia que entra en este almacén no se saca más de 30 gramos de lana hilada lista para la confección. El proceso de transformación se inicia con una selección de lana por calidades, ya sea entrefina o basta, y luego se eliminan las impurezas, se revisa la parte de afuera del vellón para retirar las piezas



César Clavijo, esquilador y ganadero.

que tienen alquitrán y, finalmente, la de dentro, la que va pegada a la piel de la oveja, para quitar los grises y los negros. Posteriormente se lava a fondo en un lavadero mecánico con agua, jabón y carbonato sódico para eliminar la grasa y las materias orgánicas. A veces se decolora con agua oxigenada para darle blancura. En este proceso, que es el que realiza José Luis en el lavadero, la lana merma entre un 60 y un 65% dependiendo de las impurezas que tenga. “Hay mucha paja entre la lana porque los esquiladores no ponen mucho cuidado”, se queja. En otros tiempos, en vez de paja, que no pesa, se introducía en el interior del vellón sal e incluso piedras. Finalmente, la lana en floca (lavada) pasa a un proceso de peinado e hilado, tras el cual está lista para la confección.

A juicio de Andrés, el futuro de esta industria es tan negro como el que ahora sufren los ganaderos. “El mercado de la lana sucia se reagrupará y se enviará a los países del tercer mundo a manufacturar: a lavar, hilar y confeccionar. Estuve hace poco en Shangai y Hong Kong y todas las marcas textiles fundamentales están en China. Voy a la India una vez al año porque vendo mucha lana allí y está pasando lo mismo. El textil se va inexorablemente a los países asiáticos, donde producir es más barato, tanto por la mano de obra como porque no hay exigencias medioambientales”, concluye.